

## La farmacopea del asno: Manuel Lozano Pérez Ramajo y su *Apología del asno*

Rocío Jodar Jurado  
(Universidad de Jaén)

### 1. Introducción

En la primera mitad del siglo XIX, el periodista, gramático y poeta Manuel Lozano Pérez Ramajo (1772-1831) compuso en endecasílabos heroicos un poema jocoserio en honor al jumento –la *Apología del asno*– que gozó de una gran difusión. No en vano, el poema, del cual se conservan hasta cuatro versiones distintas, fue dado a los tórculos hasta en cinco ocasiones, lo que evidencia su éxito editorial. El texto, empero, ha pasado desapercibido para la crítica actual, a pesar de que entre sus versos se espigan pasajes verdaderamente reveladores.

El objetivo de este trabajo es muy concreto: a partir de análisis de algunos fragmentos del texto y sus fuentes, pretendemos describir y contextualizar la farmacopea “asnal” que Pérez Ramajo nos presenta en la *Apología del asno*, para así arrojar luz sobre el pensamiento científico del autor.

### 2. La *Apología del asno*: un texto en movimiento

Como se ha apuntado anteriormente, la *Apología del asno* es un poema de carácter jocoserio que aborda las bondades del jumento. El poema, que nace con motivo del destierro del padre Lino Picado de la corte de Fernando VII, se erige como un verdadero encomio paradójico del pollino. Así pues, Lozano conjuga en esta obra numerosos conocimientos provenientes de las más dispares disciplinas (ciencia, historia, religión, filosofía, etc.) con el objetivo de exaltar las bondades y virtudes del animal.

Actualmente, se conservan cuatro versiones del poema, el cual nos fue legado a través de cinco ediciones y tres manuscritos. La primera versión de la obra (O<sub>1</sub>), se la debemos a Agustín Aicart, quien en su mss/13559 (BNE) incluye una copia del poema que parece derivar de un original perdido. El texto, que se acompaña de numerosas notas del autor y se recopila bajo el título de la *Apología del asno*, consta de un total de 622 versos.

La segunda versión de la obra (O<sub>2</sub>), también titulada *Apología del asno*, se publicó por primera vez en la 1826, según Palau y Dulcet (398), en la Imprenta de Lawalle Joven (Burdeos). El poema, que, a pesar de las diferencias, presenta una versión muy cercana a O<sub>1</sub>, crece lo suyo, llegando a alcanzar los 770 versos, y aparece de nuevo acompañada de una profusa anotación.

No obstante, la versión más amplia y difundida de la obra es sin duda O<sub>3</sub>, la cual nace fruto de la colaboración entre el autor y el editor José Joaquín Pérez Necochea, quien admite sin ambages no solo haber editado y comentado el texto, sino también haberlo retocado tras la muerte del autor:

En 1829 se imprimió clandestinamente en Asnópolis, es decir, en Madrid, un pequeño opúsculo en 18° con el título de *Apología del asno*, con notas y con el *Elogio del rebuzo* por apéndice. Habiéndome regalado un ejemplar la amistad del generoso autor, vi desde luego lo susceptible que era la obrita de nuevos y más copiosos conocimientos asinarios que la hicieran todavía más amenas, más moral, más literaria, más entretenida y útil en su totalidad y sin necesidad de alterar el plan que había adoptado. Ya el mismo autor había procurado hacer

algún año antes una primera edición sobre manuscrito todavía más diminuto, aunque en 12º, en la ciudad de Burdeos [...].

Dicha mi idea, parecióle bien al docisilísimo amigo; y, para su ejecución, comencé a suministrarle materiales a los que él mismo agregaba alguno que otro a causa del estado doliente en que se hallaba, aunque no sin esperanzas de alivio. ¡Mas esta esperanza se frustró! Fuéronse colmando rápidamente sus días y Dios, para quien vive toda criatura, se lo llevó el día 27 de abril de 1831. [...]

Aunque quedados huérfanos los asnos de su tierno e ingenioso apologista, la pequeña dosis de gusto asnino, o más bien asnomanía, que se me pegó se arraigó y avivó la resolución de hacer más y más rebuznos borricales [...].  
[...]

Sale, pues, a la luz textualmente en esta edición la *Apología del asno* con el *Elogio del rebuzno* tal como se imprimió, pero depurada en su incorrección, enmendadas o determinadas citas que se alteraron o no constaban, más regularizadas las notas en varias de sus remisiones, mejor coordinados o aclarados muchos de sus párrafos, suprimidos algunos lugares por repetidos y, en fin, dejadas en su original –fuera de unas pocas– las versificaciones sembradas en las notas y adiciones, por inconvenientes, y sobre todo por guardar sus derechos al decoro. Lo cual hace que la obra sea más seria a la par que más literaria (1837, III-V).

De esta versión se conservan hasta cuatro ediciones: la primera de ellas apareció, de nuevo según Palau y Dulcet (398), en 1829 en la Imprenta de M. A. González (Madrid); la segunda, en 1837 en la Imprenta Nacional (Madrid); la tercera data de 1868 y fue costeada por el librero Moya y Plaza (Madrid); y, la última fue impresa en 1878 en la Imprenta de Salvador Acuña (Sevilla). Si bien las ediciones de 1829 y de 1878 mantienen el título original, las de 1837 y 1868 publican la obra bajo el marbete de *El asno ilustrado*, a la par que incorporan *El elogio del rebuzno* como apéndice. O<sub>3</sub> nos presenta la versión más extensa del poema, el cual alcanza los 1924 versos.

No obstante, todavía encontramos una versión más de la obra (O<sub>4</sub>), la cual se ha conservado gracias a dos manuscritos de la BNE (mss/13560 y mss/13549), rubricados nuevamente por Agustín Aicart. Si bien el texto recogido en estos manuscritos se compone tan solo 1614 versos (310 versos menos que O<sub>3</sub>), lo cierto es que *Osnología o la nueva apología del asno*, tal como la titula Aicart, presenta una versión de la obra bastante alejada de las anteriores, mucho más ordenada y dividida en cinco cantos y 113 secciones.

Habida cuenta del complejo proceso redaccional del poema, no es nuestro objetivo arrojar luz sobre la transmisión textual del texto. No obstante, estas breves pinceladas en relación con los testimonios conservados justifican la elección de O<sub>3</sub> como texto base para nuestro trabajo. Si bien todos los testimonios recogen referencias sobre las bondades médicas del pollino, lo cierto es que es esta versión la que más referencias científicas incorpora. Asimismo, si bien es cierto podría argumentarse que no sabemos cuántas de esas referencias proceden del autor y cuántas se deben a la pluma del editor, no lo es menos que se trata de la versión más difundida del poema y que, como ya hemos apuntado, este artículo no pretende esclarecer la redacción del texto. En definitiva, citaremos la *Apología del asno* a través de la edición madrileña de 1837, mas enmendaremos la puntuación dadas las fluctuaciones ortotipográficas propias de principios del Ochocientos.

### 3. Literatura y medicina: binomio de sobra conocido

Si el arte y la literatura han sido inherentes al ser humano desde sus inicios, no se puede afirmar menos de la medicina. Se trata de algo más que comprensible considerando las numerosas calamidades y el deterioro físico que limitan al ser humano durante su vida. No en vano, “ya Plinio colocó al hombre en una posición desfavorecida frente al resto de los animales en su *Naturalis Historia*, configurando su existencia como una desdicha cuyos motivos conformaron posteriormente la tradición de la *miseria hominis*” (Vidorreta Torres, 313). De hecho, ya en Grecia clásica se establecieron los principios de la medicina radicional y un método pseudocientífico que cristalizó en la conocida como teoría de los humores, estudiada hasta bien entrado en siglo XVIII y que levantó no poco debate ya entre los galenos griegos:

Entre finales del siglo VI a.C. y la primera mitad del V a.C. cobró importancia en el mundo griego la figura del médico (ιατρός), formado en las distintas escuelas sobre medicina, destacando las de Cnido, Cos, Cirene, Crotona y Rodas. Estos profesionales se caracterizaron por tratar de combatir la enfermedad (en jonio νοῦσος), investigando sus causas y comprendiendo la naturaleza humana (φύσις). Para realizar dichas pesquisas de forma sistemática, los médicos aplicaron un método de investigación (ιστορίη) basado en la observación y el racionalismo. Dicho de otra forma, los médicos racionales (pre-hipocráticos e hipocráticos) comenzaron a entender la naturaleza humana a partir de evidencias perceptibles que dieron lugar a la elaboración de teorías sobre la salud. En este sentido, destacamos la figura de Alcmeón de Crotona (s. VI a.C.) que desarrolló el concepto de “isonomía”, equilibrio de cualidades en el cuerpo, y “supremacía”, cuando alguna de estas cualidades (seco, húmedo, caliente, amargo, dulce...) se imponía al resto y producía un desequilibrio, provocando la enfermedad. De manera análoga entendieron el cuerpo humano los médicos hipocráticos que asociaban la enfermedad a un desequilibrio en la φύσις humana. De ahí que los esfuerzos del arte médico (τέχνη ιατρική) se orientaran hacia el restablecimiento de dicho equilibrio (Sierra Martín, 91-92).

Y si literatura y medicina se remontan a los inicios del hombre, no es de extrañar que su vinculación también lo haga. Y no se trata de un hecho baladí habida cuenta de que

un documento literario no tendrá nunca el valor de exactitud de un código científico, pero, por estar inspirado en la directa observación de la realidad, proporciona el subsuelo histórico sobre el que, en cada época, arraigó la medicina científica. Nunca será posible llegar al total conocimiento de la medicina en un periodo determinado, si se prescinde de los documentos literarios (García Barreno, 38).

De este modo, ya en época clásica la mitología y medicina se relacionaron a través de la figura de Ascleipos (Esculapio para los romanos), hijo de Apolo y Coronis, cuya fama entre los griegos fue tal que obtuvo de su padre el título de dios de la medicina (Lugones Botell y Ramírez Bermúdez, 440). En la Baja Edad Media, con San Isidoro a la cabeza, y durante el Renacimiento el debate científico-literario se centró en la concepción de la medicina como un arte liberal y la elevada capacidad intelectual que exige su desempeño. No en vano,

la relación del médico del Renacimiento con las fuentes clásicas es [...], con frecuencia, conflictiva. Las conoce, pero a menudo las critica o las rechaza. En su *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, Sabuco defiende la necesidad de una nueva Medicina de más utilidad para el hombre que la de Hipócrates o Galeno. La Medicina antigua se describe aquí como llena de errores, de poco efecto y de fines inciertos. En definitiva, como completamente inútil (Rivero, 99).

Con motivo de estas críticas y de la natural aversión del ser humano hacia todo lo relativo con las enfermedades, surgió en el Siglo de Oro toda una corriente satírica antigalénica a la que se sumaron prácticamente todos los grandes ingenios del Seiscientos. Es más, si bien es cierto que algunos grandes escritores –como es el caso de Cervantes en el *Licencia Vidriera* (García Barreno)– distinguen entre buenos y malos médicos, atribuyendo a la codicia y mala *praxis* de estos últimos la mala reputación de esta ciencia, no lo es menos que tanto la medicina como la figura del médico fue sometida a un acuciante proceso de *meiosis* por parte de autores de la talla de Lope de Vega (García Barreno), Quevedo (Querillac), Góngora y Tirso de Molina (Dolfi, 126). Así las cosas, Salas de Barbadillo (Rivero), Alonso de Castillo Solórzano (Bonilla Cerezo) o Caviedes (Lorente Medina), entre otros, espolean con virulencia sus plumas contra el arquetipo del médico-mataseños, identificado en ocasiones bien con la figura del barbero, bien con la figura del cirujano, y caracterizado por su extrema avaricia. De este modo, los astringentes y las sangrías más que como remedios se presentan como técnicas anticuadas que aceleran la muerte del enfermo.

Este tipo de sátiras continuaron en el siglo XVIII, mas tal vez el avance más significativo en la relación literatura-medicina sea la adscripción de la medicina al género de la literatura de polémica y al ensayo, irrumpiendo así en el ámbito de la prosa. No en vano, a lo largo del siglo XVIII se desarrolla una animada polémica entre los dogmáticos, partidarios de una concepción teórica y tradicional de la medicina, y los escépticos, defensores de una noción práctica de esta ciencia y basada en la experiencia. En esta querrela tomaron parte tanto médicos –como es el caso del anatomista Martín Martínez y del catedrático madrileño Bernardo López de Araujo– como literatos de la talla de Feijoo y Torres de Villarroel. De esta forma, al calor de este enfrentamiento, nacieron otras como el *Centinela médico-aristotélica contra scépticos* de López de Araujo (1725), la *Medicina Scéptica* de Martín Martínez (1722-1725), la *Aprobación apologética del scepticismo médico* (1725) de Feijoo, la *Carta defensiva* de la medicina, también de Martínez (1726) y el panfleto *Posdatas de Torres a Martínez* (1726) de Torres de Villarroel en respuesta a la obra anterior, entre otras (Rodríguez Orgaz, 1-9).

Ya en el siglo XIX, las relaciones entre literatura y medicina se intensificarán tanto en el ámbito de poesía como de la prosa literaria con motivo de los grandes avances médicos del Ochocientos, entre los que destacaron

la teoría bacteriológica que de un siglo al otro dio paso a la vacunación, la erradicación o control de los padecimientos infecto-contagiosos y la inmunología; la anestesia; la asepsia con sus autoclaves verticales de leña y vapor de agua para esterilizar ropa, gasa, guantes (primero de algodón y luego de hule) e instrumentos quirúrgicos; [y] la antisepsia (ácido fénico, yodo, mercurocromo). Todos estos cambios causaron un progreso espectacular nunca antes visto en la cirugía, asimismo favorecida con la mesa de operaciones, pinzas quirúrgicas y catgut (Fernández de Castro-Peredo, 324).

Asimismo, se sistematizó el uso del microscopio, de jeringas y de agujas hipodérmicas, a la par que se descubrieron los rayos X (Fernández de Castro-Peredo, 324). Muchos de estos avances tuvieron su reflejo en la novela realista de mediados de siglo, mas tamizada por el filtro de la ética y la religiosidad, de la mano de autores como Galdós, Clarín y Armando Palacios Valdés (Nicolás Aller, 15 y 61-70).

A pesar de que la *Apología del asno* vio la luz a comienzos de siglo, las sucesivas rescrituras del texto le ofrecieron a Ramajo la oportunidad de incorporar referencias sobre algunos de los avances médicos más modernos, a la par que recoger la tradición literaria-médica de los siglos precedentes. Así pues, no es de extrañar que en autor haga alarde en sus versos de sus amplios conocimientos científicos y que dedique a la farmacopea del asno un extenso pasaje en su *Apología*.

#### 4. La farmacopea del asno: de los remedios y virtudes que se extraen del jumento

Como hemos apuntado, la *Apología del asno* o *El asno ilustrado*, según la edición, es un poema encomiástico en el que se ensalza la figura del jumento. No se trata de un tema baladí, puesto que a comienzos de siglo Fernando VII desterró al padre Lino Picada, abad del Monasterio de San Juan de la Peña, de la corte con motivo de una fábula protagonizada por asnos y que no fue de su agrado. La fábula se construía sobre la base del famoso refrán “Palo al burro blanco; palo al burro negro; y palo a todo burro que no ande derecho” (Iribarren, 1945: 630). El autor, ante tal infamia, decidió tomar la pluma a favor del animal de modo que en el poema que nos ocupa canta sus bondades, entre las que se encuentra el ser origen de “una botica entera” (Pérez Ramajo 1837, 16), tal como se apunta en el verso 533. De esta forma, el animal se muestra como un “remedio universal” y “un almacén de drogas”, en los vv. 534-535 (Pérez Ramajo 1837, 16) del cual se extraen numerosos remedios para la salud. Como prueba de estas afirmaciones, el autor remite a una serie de preparados que los galenos obtienen del asno.

De este modo, en primer lugar, Lozano remite en los vv. 541-548 a la capacidad de la sangre del asno de sanar la locura (1837, 16). El mejunje mencionado fue una receta clásica habitual, utilizada hasta bien entrado en siglo XVIII, tal como recoge el *Tesoro médico o Observaciones medicinales reflexionadas* de Francisco Suárez de Ribera (209-210):

En el año de mil setecientos y treze, hallándome Médico Titular de la Villa de Medina del Campo, visité a Don Francisco Carracedo, padeciendo algunos días avía una melancolía morbo esencial, que ya principiaba a degenerar en manía. Viendo vencidos todos los remedios, que le habían administrado, traté de examinar la causa con cuidado [...]; y, últimamente dispuse que dos vezes al día tomase esta mixtura: R. *De la tintura de sangre de burro, extraída con agua de toronjil.*

Voltaire, por su parte, también se hace eco de este remedio en su artículo sobre la “Locura” en el *Diccionario filosófico*, mas rechazándolo de pleno: “siento mucho que Hipócrates haya prescrito la sangre de pollino para la locura y todavía más, que diga el *Manual de las damas* que se cura atrapando la sarna” (Voltaire, 261-262). Si bien el autor de la *Apología del asno* da muestras de conocer sobradamente el rechazo del francés ante este remedio, habida cuenta de la nota 35 al poema (1837, 157-158), lo omite en el poema. Además, Necochea, ampliando las notas del autor con sus

“ilustraciones”, nos proporciona más ejemplos que respaldan las virtudes de la sangre de jumento al remitir a la *Medicina del entendimiento* del francés Camús (Pérez Ramajo 1837, 158).

El segundo fármaco al que remite Pérez Ramajo en su poema es el zumo de estiércol de asno negro, al que atribuye cualidades astringentes en los vv. 549-550 (Pérez Ramajo 1837: 16). Si bien en esta ocasión el autor se muestra más impreciso a la hora de referenciar el dato –“Así lo dicen autores muy famosos / y cuyos nombres recordar no puedo”, vv. 551-552 (Pérez Ramajo 1837, 16)–, sí se detiene a divagar acerca de la necesidad de que el asno sea negro, de modo que se muestra nuevamente dudoso ante este dato en los vv. 558-563: “Lo negro del borrico a mí me choca / y me pone en el día en fuerte aprieto, / dejando problemático o dudoso / si es mejor asno blanco o asno negro; / que es punto delicado y no quisiera / exponerme a afirmar un hecho incierto” (Pérez Ramajo 1837, 16-17). Sí se muestra seguro, empero, a la hora de afirmar que el estiércol de jumento retiene las hemorragias y que es por ello habitualmente usado por las mujeres. Asimismo, remite nuevamente a Hipócrates como fuente directa en los vv. 559-564: “El estiércol la sangre te detiene / y en las mujeres causa igual efecto. / De estiércol Hipócrates usaba / continuamente con el bello sexo / siempre que las mujeres se encontraban / en lances apurados y sangrientos” (Pérez Ramajo 1837, 17). Si bien en sus notas al texto (1637, 37) el autor remite a las *Operum Hippocratis coi quae graece et latine extant* (Hipócrates, 1588), sus referencias son muy inconcretas, lo que nos impide localizar el pasaje exacto. No obstante, se muestra más afinado al remitir a la obra *L’agronome ou Dictionnaire portatif du cultivateur*, donde se especifica que “sa fiente arrête le sang” (Alletz, 40). El editor de la *Apología del asno*, José Joaquín Pérez Necochea, añade al respecto varias referencias extraídas de la *Historia natural* de Plinio para apoyar las afirmaciones del autor (Pérez Ramajo 1837, 175-176), mas se trata de pasajes que poco aportan a los datos ya apuntados por el autor.

El tercer remedio mencionado por Lozano es la leche de burra, cuya ligereza y capacidad de dulcificar los humores acres y salitrosos, así como de curar la gota y la tisis pondera en los vv. 599-604 (Pérez Ramajo 1837, 18). Si bien el poeta no explicita su fuente, –puesto que remite a la propia experiencia como comprobación: “por la experiencia sabes los ejemplos”, v. 604–, es posible que el autor extrajera dicha información del *L’agronome ou Dictionnaire portatif du cultivateur* (Alletz, 40), donde consta que “le lait d’Anesse est bon pour bien des maladies, ou il s’agit de de réparer la constitution d’un corps épuisé & amaigri: dans celles du poumon il adoucit les humeurs âcres, il es bon aux goutte, & il ensaïsee.” Asimismo, Lozano remite a Plinio cuando afirma que la leche de este animal es un remedio muy efectivo contra diversos venenos: “la leche de burra, no lo dudes, / es también buena contra los venenos. / Bebida, dice Plinio, virtud tiene / contra todo veneno. Añade luego / que los males de gota cura y sana” en los vv. 605-609 (Pérez Ramajo 1837, 18). En efecto, en la *Historia natural* (Plinio Segundo, 473) consta que “refrena la fuerza de los venenos y también lavándose con ella las damas curiosas, deshace las rugas del rostro y deja hermosa la tez.” A esta segunda utilidad de la leche de burra como antiarrugas alude el autor en los vv. 614-626 (Pérez Ramajo 1837, 18-19):

Y esa leche de burra todavía  
 en sí misma contiene otros misterios.  
 Anda, vete a Popea a preguntarle  
 a esa mujer famosa los secretos  
 de la leche de burra y sabrás de ella  
 que quinientas borricas de recreo

en palacio tenía; y con su leche  
se bañaba esta ninfa todo el cuerpo,  
porque diz que la leche de la burra  
al cutis muy lustroso, claro y bello  
le pone y suaviza. Y desde entonces  
a aquesta esposa de Nerón siguiendo,  
nuestras niñas parece continúan  
jalbegando sus manos, rostro y cuello.

Según la “anotación 41” del autor al texto, esta anécdota se recoge en el *Tesoro de Covarrubias* (Pérez Ramajo 1837, 180), mas lo cierto es que fue Juvenal quien aludió a esta costumbre en los vv. 460-470 de su “Sátira VI” o “Sátira contra las mujeres”:

No hay nada más insoportable que una mujer rica.  
Entretanto, horrible de aspecto y digna de burla, su cara  
Se hincha con muchas capas de masa de pan o huele a la espesa crema  
Popea, y de esta se quedan pegajosos los labios del pobre marido:  
al encuentro del querido van con la piel superlavada. ¿Cuándo aspira  
a parecer guapa en casa? Por los queridos se compra esencia de nardo,  
por ellos se adquiere todo lo que enviáis acá los esmirriados indios.  
Por fin, descubre su faz y se quita la primera capa de polvos,  
se la empieza a reconocer, y se da con aquella leche  
por la que llevaría consigo unas asnillas de compañía  
si la enviaran desterrada al polo de los hiperbóreos (Juvenal, 80-81).

Nótese, no obstante, que el tono es muy distinto del de nuestro autor, pues mientras Lozano exalta los beneficios de la leche de burra, Juvenal se mofa de su uso, así como del carácter casquivano y superficial de la mujer de Nerón.

Mucho más exótica es la alusión al *Hoki-Hao* chino de los vv. 631-632, una cola extraída del pellejo del asno que cura “de la cual se valen / para curar del pecho los afectos” (Pérez Ramajo 1837, 19) y que fue objeto lucrativo de comercio en Oriente. Por primera vez Lozano se aleja de la Antigüedad grecolatina como fuente directa y remite a Valmont de Bomare, autor que, efectivamente, menciona este ungüento en su *Dictionnaire raisonné universel d’Histoire naturelle* (162): “En Chine on fait avec la peau de l’âne une colle qu’on estime propre à remédier aux maladies de poitrine. Il s’en fait un grand commerce dans l’Inde, sous le nom de Hoki-hao, mais elle est fort chère en Europe.” Esta cola, conocida más comúnmente en nuestro país como “ejiao”, es en realidad una gelatina entre cuyos usos está el de detener hemorragias o actuar como un fuerte pegamento natural, y que incluso en la actualidad se puede adquirir directamente de la industria oriental, lo que ha acarreado la matanza de un importante número de jumentos (Anónimo). Lozano apunta algunos beneficios más de este remedio en los vv. 639-647 (Pérez Ramajo 1837, 19), sin precisar, empero, la fuente de estos versos:

Otro autor a esta pasta más virtudes  
le concede, afirmando que es remedio  
contra tisis y tos envejecidas,  
que disipa las flemas al momento.  
Los esputos de sangre los contiene,  
y aun en la disentería hace lo mismo  
y purifica y nutre los pulmones;

para flujos de la sangre es gran remedio.

Asimismo, a la orina del animal le atribuye la capacidad de aliviar el mal de los riñones, la gota y la sarna, dato que extrae nuevamente del francés Pons Alletz (40). Propiedades igualmente sorprendentes adjudica Lozano a la pezuña del animal, la cual se presenta como remedio para la gota. Si bien en el poema remite directamente a Dioscórides como fuente directa (Pérez Ramajo 1837, 20), al estudiar la “nota 46” del autor a estos versos (1837, 186), descubrimos que en realidad ha extraído el dato de Covarrubias, quien en su *Tesoro*, según el poeta, recoge dicha información. Nosotros, empero, no hemos podido localizar el pasaje exacto, por lo que podría tratarse de error.

No yerra, no obstante, al remitir al *Tesoro* de Covarrubias en relación con Palmireno y el uso de la callosidad de las rodillas del asno para extraer un aceite que hace crecer el bello, puesto que el lexicógrafo apunta lo siguiente: “En las rodillas del asno suele criarse una dureza callosa, que los valencianos llaman “lichen” (97). Dice Palmireno que mezclada con aceite añejo tiene tanta fuerza que untándose con ello hará salir barbas, aunque sea una mujer.” En efecto, en el *El estudioso cortesano* se recoge que “en las rodillas el asno se suele hacer una dureza que llaman *lichen* o *usagro*, y quemada y mezclada con aceite viejo tiene tanta fuerza que, untándose con ella, a la mujer le saldría barba” (Palmireno, 106). Lo más curioso de esta referencia es que por primera vez a lo largo de la famacopea del asno Lorenzo remite a un humanista español como autoridad médica, puesto que si bien había remitido a Covarrubias en numerosas ocasiones, siempre lo hacía en calidad de lexicógrafo y en relación con su *Tesoro*.

Finalmente, si bien Lozano esboza de Pasada otras virtudes de los productos “asnales”, lo cierto es que pasa por ellos de puntillas: “Al corazón, al hígado, a la sangre / del borrico, a su orina, a su cerebro, / ¡qué de virtudes a cuál más benignas / antiguas gentes le atribuyeron!” en los vv. 669-672 (1837: 20).

## 5. Conclusiones

A la luz de todo lo anterior, es indudable el valor que la *Apología del asno* tiene en el ámbito de la literatura científica de principios del XIX. Si bien son incuestionables los conocimientos que Manuel Lozano Pérez Ramajo posee sobre los remedios y virtudes médicas del asno, es necesario apuntar que, en su gran mayoría, proceden de la medicina clásica.

De este modo, el autor parece mantenerse al margen de los grandes avances médicos del siglo XIX, a pesar del hecho de manejar una bibliografía médica más o menos actualizada, habida cuenta de sus saberes acerca de los trabajos de Alletz y Valmont de Bomare. Si bien hace alarde de ciertos conocimientos sobre la medicina humanista, lo cierto es que muchos de los usos que describe proceden de fuentes secundarias, como el *Tesoro de la lengua Castellana o Española* de Covarrubias. Parece conocer, empero, de primera mano las obras de Hipócrates y Plinio, lo que podría demostrar cierta inclinación hacia la vertiente teórica más tradicional de la medicina. De hecho, los versos 673-676 (Pérez Ramajo 1837, 20) parecen esgrimir un agudo ataque contra el experimentalismo de los siglos XVIII y XIX: “Si luego la experiencia no ha mostrado / esas misas virtudes, a lo menos / desvanecer tampoco se ha podido / la certeza de todos estos hechos.” Aun así, no debemos olvidar que estos versos se inscriben en el terreno de un encomio paródico, por lo que sus afirmaciones deben juzgarse con precaución y recelo.



En cualquier caso, habida cuenta del interés del texto, se precisa de la realización de una edición crítica de la obra, que aborde su complejo proceso redaccional, la cual podría arrojar luz sobre el pensamiento científico del autor.

## Obras citadas

- Alletz, Pons Agustin. *L'agronome ou Ditionnaire portatif du cultivateur*. París: Ve Didot, 1763.
- Anónimo. “La mitad de la población mundial de burros puede desaparecer en 5 años por la medicina tradicional china.” *ABC* (2 de enero de 2023): [https://www.abc.es/sociedad/abci-mitad-poblacion-mundial-burros-puede-desaparecer-5-anos-medicina-tradicional-china-201911211108\\_noticia.html](https://www.abc.es/sociedad/abci-mitad-poblacion-mundial-burros-puede-desaparecer-5-anos-medicina-tradicional-china-201911211108_noticia.html) [consultada el 10 de septiembre de 2023].
- Bomare, Valmont de. *Dictionnaire raisonné universal d'Histoire naturelle*. Paris: Brunete, 1775.
- Bonilla Cerezo, Rafael. “Pesadilla de médicos, veneno de enfermos: la sátira científica en Alonso de Castillo Solórzano.” *Edad de Oro* 27 (2008): 47-104.
- Covarrubias Orozco, Sebastián. *Tesoro de la lengua Castellana o Española*. Madrid: Luis Sánchez, 1611.
- Dolfi, Laura Góngora y Tirso de Molina: *lo culto y lo sorprendente*. Florencia: Firenze University Press (2021).
- Fernández de Castro-Peredo, Hugo. “Ética médica en la literatura del siglo XIX.” *Gaceta médica de México* 141.4 (2005): 323-334.
- García Barreno, Pedro R. “De médicos y medicina en la obra de Lope.” En *Es Lope*. Madrid: Comunidad de Madrid y Real Academia Española, 2014. 37-55.
- Hipócrates. *Operum Hippocratis coi quae extant Graece et Latine*. Venecia: Apud Iuntas, 1588.
- Iribarren, José María. “Refranes y adagios. Cantares y jotas. Dichos y refranes populares.” *Príncipe de Viana* 21 (1945): 625-645.
- Juvenal. *Sátiras*. Madrid: CSIC (1996).
- Lorente Medina, Antonio. “Caviedes y la sátira antigalénica. Una revisión crítica.” En C. Camplani et al. eds. *La narrativa latinoamericana contemporánea de Miguel Ángel Asturias*. Roma: Bulzoni, 2000. 191-227.
- Lugones Botell, Miguel. y Ramírez Bermúdez, Marieta. “La medicina en la antigüedad: Esculapio y la cultura.” *Revista Cubana de Medicina General Integral* 26.2 (2010): 439-444.
- Nicolás Aller, Sofía. A. *La medicina del siglo XIX en la obra novelística de Palacio Valdés*. Oviedo: Universidad de Oviedo, 2015.
- Palau y Dulcet, Antonio. *Manual del librero hispanoamericano*. Barcelona: Librería Antonio Palau Dulcet, 1948.
- Palmireno, Juan Lorenzo. *El estudioso cortesano*. Alcalá de Henares: Casa de Juan Iñíguez de Lequerica, 1587.
- Pérez Ramajo, Manuel Lozano. *Apología del asno, compuesta en renglones así como versos*. [Burdeos: Imprenta de Lawalle Joven], 1826.
- . *Apología de los asnos, compuesta en renglones así como versos*. Madrid: Imprenta M. A. González, 1829.
- . *El asno ilustrado, o sea Apología del asno con notas y el Elogio del rebuzno*. Madrid: Imprenta Nacional, 1837.
- . *El asno ilustrado, o sea Apología del asno, con notas y Elogio del rebuzno por apéndice*. Madrid: Imprenta Nacional, 1837.
- Pérez Ramajo, Manuel Lozano y Aicart, Agustín. *Apología del asno*. mss/13559, Biblioteca Nacional, 1825.
- . *Osnología o la nueva apología del asno*. mss/13560, Biblioteca Nacional, 1827.

- Pérez Ramajo, Manuel Lozano y Aicart, Agustín. *Osnología o la nueva apología del asno*. mss/13549, Biblioteca Nacional, 1827.
- Plinio Segundo, Cayo. *Historia natura*. Madrid: Luis Sánchez (1624).
- Querillac, René. "Quevedo y los médicos: sátira y realidad." *Cuadernos hispanoamericanos* 428 (1986): 55-66.
- Rivero, Carmen. (2019): "Del médico al matasanos: la *Corrección de vicios* de Salas Barbadillo." *Hipogrifo* 7.2 (2019): 97-106.
- Rodríguez Orgaz, César. "La presencia de la medicina como tópico en la prosa y traducciones del siglo XVIII." *Tonos digital* 39.2 (2020): 1-26.
- Sierra Martín, César. "Notas sobre medicina y difusión en la Grecia clásica." *Estudios griegos e indoeuropeos* 22 (2012): 91-101.
- Suárez de Ribera, Francisco. *Tesoro médico o Observaciones medicinales reflexionadas*. Madrid: Imprenta de Francisco del Hierro, 1724.
- Vidorreta Torres, Almudena. "Enfermedad y sátira contra los médicos en las "Poesías varias" de José Navarro (1654)." En Alain Bègue *et al.* coords. *Pictavia aurea. Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional "Siglo de Oro."* Toulouse: Presses Universitaires de Mirail, 2013. 313-322.
- Voltaire. *Diccionario filosófico*. Nueva York: Imprenta de C. S. Can Winkle, 1825.